

OTRAS NOTAS AL PSALMO

Como dije en el estudio acerca de ESPINOSA (pág. 351), en el códice de la Biblioteca Arzobispal de Sevilla, al margen de la segunda copia de la composición que antecede, hay diversos textos latinos, de letra que me parece de nuestro escritor, y de los cuales, á trechos, es paráfrasis el *Psalmo*. Algunos de tales textos no pueden leerse enteramente, por haberlos mutilado el encuadernador, con lo que no á humo de pajas llaman *guillotina* los del oficio; en otros se omitió la cita de los lugares á que corresponden. He restituído los pasajes y suplido, hasta donde pude, estotra falta.

- (a) *Operam manum tuarum ne despicias.* (Ps., 137, 10.)
 (b) *Habe fiduciam in Domino ex toto corde tuo.* (Prov., 3, 4.)
 (c) *Deus meus, misericordia ejus præveniet me.* (Ps., 58, 12.)
 (ch) *Propitiationem per fidem in sanguine ipsius, ad ostensionem justitiæ.* (Ad Rom., III, 25.)
 (d) *Prestabilis super malitiam.* (Joel, 2, 13.)
 (e) *Misericordia Domini plena est terra.* (Ps., 32, 6.)
 (f) *Ne dicas miseratio Domini magna est.* (Eccl., 5, 6.)
 (g) *Si desperaveris lassus in die angustia, imminuetur fortitudo tua.* (Proverbios, 24, 10.)
 (h) *Tollite jugum...* (Math., 11, 29.)
 (i) S. Bern., Serm. 61.
 (j) *Invenerunt qui non quæsierunt me.* (Isaias, 65, 1.)
 (k) *... et quoscumque inveneritis, vocate &a* (Math., 22, 9.)
 (l) *Ecce agnus Dei, ecce qui tollit peccatum mundi.* (Joan., 1, 29.)
 (ll) *Etiam si occiderit me, in ipso sperabo.* (Job., 13, 15.)
 (m) *... secundum iniquitates nostras retribuit nobis.*
 (n) *Si enim cum inimici essemus, reconciliati sumus Deo per mortem filii ejus: multo magis reconciliati, salvi erimus in vita ipsius.* (Ad Rom., V, 10.)
 (ñ) *Spes autem non confundit.* (Ad Rom., V, 5.)
 (o) *Nullus speravit in Domino, et confusus est.* (Eccl., 2, 11.)
 (p) *Non est confusio confidentibus in te.* (Dan., III, 40.)
 (q) *Quoniam apud te est fons vitæ.* (Ps., 35, 10.)—*Sitivit anima mea ad Deum fortem vivum.* (Ps., 41, 3.)—*Haurietis aquas in gaudio de fontibus salvatoris.* (Isaias, 12, 3.)
 (r) *Et orietur vobis timentibus nomen meum Sol justitiæ.* (Malach., 4, 2.)
 (rr) *Quia Dominus Deus tuus ignis consumens est.* (Deut., 4, 24.)
 (s) *Accedite ad eum, et illuminamini.* (Ps., 33, 6.)
 (t) *Tantum pro singulis quam pro omnibus morietur.*
 (u) *Quoniam ipse cognovit figmentum nostrum.* (Ps., 102, 14.)
 (v) *Non veni vocare justos, sed peccatores.* (Math., 9, 13.)
 (w) *Prestabilis super malitiam.* (Joel., 2, 13.)
 (x) *Noti esse pusillanimis in animo tuo.* (Eccl., 7, 9.)
 (y) *Salvas gratis.—Ego sum resurrectio et vita.*
 (z) *Non veni vocare justos, sed peccatores.—Si dixerimus quod peccatum non habemus.* (Joel, 3.)
 (aa) *Perditio tua Israel ex te.* (Oseas, 13, 9.)
 (bb) *Delicta mea, esse cum filiis hominum.* (Prov., 8, 31.)

OBRAS EN PROSA

ESPEIO DE
CRISTAL.

Al Excelentissimo Señor don Manuel Alonso Perez de Guzman el Bueno 8 Duque de Medina Sidonia, Marques, i Conde, Capitan general del mar Oceano, i costas de Andaluzia, del Consejo de Estado, i Guerra de su Magestad, de la insigne Orden del Tufon de oro, &c.

PEDRO ESPINOSA SV

Capellan, i Rector del Colegio
de san Idefonso



Impresso con licencia en Sanlucar de
Barrameda, por Fernando Rey,
Año de 1625.

Excelentísimo Señor:

De cuanto V. Ex. heredó, sólo ha hecho suyo el nombre de *Bueno*, y lo mismo es decirle Bueno que llamarme dichoso; y así, es imposible ponga linde á mis demostraciones, pues V. Ex. no la pone á mi dicha. Suplico permita que las muchas mercedes que de V. Ex. recibo, ya que no pagadas, sean correspondidas, admitiendo este *Espejo*, que se labró en mi desierto, no por desempeño de obligaciones, sino en reconocimiento de mis deudas, pues no permite ocio el agradecimiento.

B. L. P. D. V. Ex.,
el menor de sus capellanes,
PEDRO ESPINOSA.



CAMINANDO un Mercader por una montaña, perdido el camino, vino á dar en una selva, donde halló á un Ermitaño consumido con la vejez, al cual preguntó en qué se ocupaba en aquella soledad. Respondió el viejo: «Treinta años ha que estoy aquí aprendiendo á morir.» Dijo el Mercader: «Superflua cosa me parece aprender á morir el hombre mortal»; y rogándole [le] enseñase el arte de bien morir, se sentaron á la sombra de unos árboles, y el Ermitaño comenzó á decir:

No es otra cosa aprender á bien morir que guardar los mandamientos de Dios y huir los pecados.—Aquél sabrá morir que pensare que el día presente es el último de su vida.—El fuego de la caridad se conserva con la ceniza de la sepultura.—Nadie piense que la penitencia es cosa cualquiera, que cuando quisiere la sacará del seno. Con tiempo es menester granjearlo.—En aquella hora de desengaños diferentemente se juzgan las cosas que en salud.—Allí se tiene por vanidad lo que ahora por cordura.—La memoria de la muerte es para hacer ahora lo que entonces quisiéramos tener hecho.—Así como la cosa más ligera es el pensamiento, la más fuerte la necesidad, la más hermosa el mundo, la más sabia el tiempo, la más preciosa el entendimiento y la mayor el corazón del hombre, así la más terrible y espantosa es la muerte, y la ma-

yor ciencia, aparejarse para bien morir, y no hay cosa más olvidada.—Pues para llorar mis pecados, porque la muerte no me halle desapercibido, para granjear virtudes, pues el tiempo de merecer es tan breve, y para despreciar todo lo criado, con deseo de unirme á mi Criador, pudiera aprovecharme de los recuerdos siguientes:

Velad, porque no sabéis el día ni la hora.

Huye la dilación y la penitencia apresurada.

No aguardes á comenzar vivir á cuando quieras morir, porque antes de comenzar no dejes la vida.

No tengas ocupación que á la hora de la muerte no te pueda aprovechar.

Tanto más dispuesto has de estar para ir, cuanto más ignoras la hora en que te llamarán.

Pues no tienes hora cierta, la hora en que estás debes tener por última.

De cuanto ahora haces caso, mira si á la hora de la muerte te será de provecho.

La hora de la muerte es incierta, porque sea sospechada; inórase un día, porque se guarden todos.

Si la vida es incierta y la muerte cierta, ¿para qué juntas tantas cosas para la vida, y te olvidas de la muerte?

Trátate como huésped y peregrino en la tierra, á quien no le va nada en los negocios del mundo.

El día, el lugar y el modo de la muerte es ocultísimo á todos los hombres, y manifiesto á solo Dios.

Muchos hay en el Infierno que murieron con propósito de hacer penitencia.

Simpleza es creer que no he de morir sino cuando esté en el mejor estado de mi vida, pues Saul y Judas nunca fueron tan malos como cuando murieron.

No hay paso del Infierno al Cielo, ni del Cielo al Infierno.

Cruel cosa es quitarle á los niños el pan y al alma la memoria de la muerte.

Muchas veces no sabemos lo que somos; mas la muerte nos lo dice.

Ensáyate muchas veces para morir, porque con grandes letrados lo has de haber.

Día vendrá que, amanecido, no te anochezca, ó, anohecido, no te amanezca; y este día no puede tardar.

No te podrás mudar del estado en que murieres.

Aunque no halles pecados en ti, puede ser que Dios los halle, porque son muy diferentes sus juicios de los nuestros.

¡Oh, cuán inorante es quien trueca por gusto breve gloria eterna! Como lo sería quien trocase un reino por un desierto, en el cual tuviese dominio no más de mientras va corriendo por él.

Suma locura es vivir en el estado que no quisieras morir; si no quieres morir soberbio, ¿por qué te atreves á mantener pompa mundana? Y si no quieres morir rico, ¿por qué mueres por no ser pobre? ¡Oh engaño público de los hombres! ¡Oh locura general de los hijos de Adán!

El Apóstol dice: «Después de la muerte temporal resta el juicio.»

Hoy es el hombre; mañana no parece: en quitándolo de los ojos se va presto del corazón.

Dos bienes son propios de la memoria de la muerte: desprecio del mundo y disminución de pecados.

A los que el demonio perdió en la vida suele tornar á ganar en la muerte.

Después de muerto no hay merecer.

Haz ahora un firme propósito de no dejar perder punto de tiempo, ni pasar ninguna ocasión de aprovechar, no te prives del buen día.

Acuérdate de la muerte repentina.

Para la enfermedad, que puede ser la postrera, busca confesor bueno y letrado; que si no es tal y no haces diligencia, estás en evidente peligro de condenarte; porque en otras confesiones no puedes enmendar lo que en la postrera errares.

Bastaba saber que la muerte es incierta, para no tener punto de seguridad: ¿por qué pones en condición la cosa de mayor importancia?

La conversión diferida para el fin es tan peligrosa, que no es menos que milagro mudarse súbitamente en aquel paso, y que tenga contrición quien siempre vivió pecando.

La vida pasaban los santos en importunar á Dios con suspiros, lágrimas, ayunos, vigiliias, diciplinas y oraciones que les alumbrasen los ojos al tiempo de morir, y no se cerrasen con algún sueño de modorra con que el demonio dijese: «Más pude que ellos.»

Mejor sería guardarte de los pecados que huir la muerte.

Si hoy no estás aparejado, ¿cómo lo estarás mañana? ¿Qué sabes si amanecerás?

No dilates la penitencia para el tiempo que no sabes si verás.

No confies en parientes, amigos ni vecinos, ni dilates tu salud á lo por venir: porque más presto que piensas serás olvidado.

¿Qué te aprovecha la memoria de la muerte si no eres bueno? También muchos piensan en Dios y le ofenden.

MEDITACIÓN DE LA MUERTE

LUNES

Enfermedad.

Para estimar mejor las cosas que afligen en la hora de la muerte, que son las pasadas, presentes y por venir, me pondré en aquel paso, y andaré las estaciones de mi entierro.

Veisme aquí, de repente, salteado de la enfermedad de la muerte; cuando decía entre mí: «Tal día haré esto y esto», como si mi vida y el tiempo fueran míos, y no de Dios. El cual ¿qué sé si tiene determinado que no dure dos horas?

¿En dónde están los años que he vivido? ¿Es posible que estoy desafiado, que me destierran para siempre desta luz y deste aire común? Veo los males que cometí; el tiempo que me fué dado para penitencia, que desprecié; no puedo huir; deseo quedarme; échanme á empellones; pido que me dejen un poco, y no me oyen.

Ninguna cosa tenía más cierta que la muerte; ninguna más incierta que la hora. ¿Qué ha sido de mi vida? ¿Cómo olvidé la eterna? Pues ésta me dieron para merecer esotra. Amaneci6 el día y llegó la hora en que me he de apartar de todo lo que amé en esta vida, y de la misma vida. Ahora que tengo la vida á las espaldas y la muerte á los ojos, ahora me desengaño de cuanto á mí me [ha] engañado. Nací como flor; paséme como sombra, que es privación de luz; parece que hoy nací y hoy dejo de ser. Nada traje; nada llevo: solas mis obras no me han dejado. ¡Oh, si todas hubieran sido buenas! Ahora he echado de ver que los cuidados son olvido de la muerte y los pecados cebo del Infierno. Muchos piensan (1) en salud que van bien encaminados; mas á esta hora lo conocerán. Las cosas que aquí pasan, el que muere las siente; mas no se pueden decir. ¡Oh paso de pocos conocido, temido de todos, y de ninguno evitado! Acuérdate dél, hombre lleno de miserias, concebido en pecado, nacido de mujer, que vives tiempo breve y te estás muriendo todo el tiempo que vives. Condenado estás á muerte, y no puedes apelar desta sentencia; y si vives como bestia, no has de pagar sino como hombre.

MARTES

El cuerpo y el alma.

Luego atenderé al otro apartamiento más temeroso, donde se desbaratan las amistades y desconciertan las armas deste reloj. ¡Oh ánima mía, antigua compañera mía, amiga mía, ¿que te apartas de mí? ¿Que te vas? ¿Sin ti me he de ver solo? ¿Qué será de mí si me desamparas, podrido, espantoso, indigno de los ojos de los que viven? Veré luego que mi ánima derribada, llena de turbación, me dice: «Quédate, compañero, quédate en paz; tú quedarás (2) hecho polvo y vuelto á tu principio; mas ¡ay de mí, pobre! ¿qué sé si por breve rato eché sobre mí penas eternas? ¿Qué sé si

(1) En la edición original, por errata, *piensa*.

(2) *Ibid.*, por errata, *quedearás*.

perdí la alegría de todos los siglos? ¡Ay, que por darte deleites á ti, carne vilísima, me cenagué yo, que había de ser colocada entre los coros de los Angeles! ¡Oh, si me diesen tiempo, qué áspera vida abrazaría! ¡Cuántas cosas prometería! ¡A cuántos votos me obligaría! ¡Ay! ¿adónde he de ir sola? ¿Por qué horribles caminos he de pasar al otro siglo? ¿Por qué nuevas regiones he de caminar? Y ya me dan prisa que me parta. ¿Cuántos monstruos y batallas he de hallar? Por ventura, ¿pasaré el encuentro de los espíritus deste aire? Dime, ¿cuáles serán las cosas que me esperan? ¡Oh, cómo es terrible cosa entrar en cuenta con Dios! ¿Qué suerte me ha de caber en este juicio espantoso adonde voy? Acabóse el deleite, y quedó el pecado con que lo gocé. Temo el supremo mal de los males, porque es eterno y sin remedio, y ya se me acerca aquel punto en que he de entrar en la eternidad. La sentencia será irrevocable, y al punto se ha de ejecutar sin resistencia. Y, por ser el Juez sumamente bueno, no puede torcer la justicia; por ser sumamente sabio, no se puede engañar; por ser sumamente poderoso, no hay poderlo resistir; y por ser supremo Juez, no hay apelar de su sentencia. Ni las dádivas le inclinan, ni las palabras le engañan. Hallo ante mí términos de eternidad infinita, y puede ser que en cada momento dellos sea atormentado con penas terribles. Veo que es nada todo cuanto en la vida he amado fuera de Dios. Conozco que la sentencia será, ó de grandísimo mal, ó de grandísimo bien. Mi causa es muy dudosa: sé que ofendí á Dios, y no tengo seguridad de la penitencia que hice, porque ninguno sabe si es hijo de ira ó amor. Pues dime, según esto, ¿cómo se hará conmigo? ¿Hallaré benigno al Juez? ¿Ó, por mis pecados, me dirá: «No te conozco»?

MIÉRCOLES

Tentaciones.

Este día me consideraré espantado, trasudando y sumido en un remanso de amargura, con las tentaciones y figuras de los sagacísimos demonios, que, racimados como enjambre sobre col-

mena, cruzan y se apresuran sobre mí, y unos con sutilísimos secretos, otros á escala vista, me combaten, por darme alguna herida mortal, y tanto con mayor solicitud y acechanzas, cuanto por la turbación de los dolores yo estoy más inhábil para resistir, y por el poco tiempo que les queda (cuanto Dios permite) derraman la malicia de su veneno infernal: porque saben que si ahora me ganan, no me perderán. De manera que todas las tentaciones de la vida, en respeto de ésta, no se pueden llamar tentaciones. Pues estando sano apenas resistía á las pequeñas, ¿cómo me defenderé destas grandísimas, tan enfermo y desatinado? ¿Qué esperanza puedo tener, siendo yo menos poderoso, y los enemigos más fuertes? Atórméntame con la memoria de mis pecados; grandécenme todo lo que me puede provocar á desesperación; encarecen el rigor de la justicia divina. Apriétanme con el espanto de las penas eternas. Traen razones de filósofos y herejes. Uno dice con silbo de serpiente: «Quien vivió mal, no puede acabar bien. Quien no se aprovechó de la misericordia, ha de caer en manos de la justicia.» Luego acude otro diciendo: «San Pedro dice que el justo apenas se salva; pues ¿qué será de ti, hombre malo?» Acósanme con dolores para derribarme en impaciencia. Traénme deseos de salud, so color de enmendar la vida. Acuérdanme los bienes que hice, para que caiga en vanagloria ó falsa seguridad. Persuádenme que Dios lo hace cruelmente conmigo, ó que por descuido de los médicos me muero. Luego me dicen que escaparé de esta enfermedad, porque no me preparé de veras, y que, al fin, me he guardado de tales pecados, y que no soy tan malo como fulano; y con el dolor del cuerpo, con el amor del mundo, con el temor de la cuenta y con la esperanza de vivir, como con cuatro vientos contrarios, me combaten para anegarme, representándome horribles figuras, porque me tenga por condenado. Cercáronme temores de muerte y dolores del Infierno me han cercado por todas partes, y los lazos de la muerte me han apretado. ¡Oh, qué dolores tan amargos! ¡Oh, qué lazos tan estrechos!

Luego me miraré que ya me están velando, y la Iglesia comienza ayudarme con oraciones y sacramentos, congojada, como

madre piadosa, por el peligro y grande necesidad en que estoy. Rézanme la Letanía; llaman á todos los santos que me ayuden; invocan á la Madre de Dios con oraciones: porque yo estoy inhábil aun para pedir socorro. Echan agua bendita sobre la cama y me ungen con el santo olio, y me llegan á besar la imagen del Crucifijo.

Ya tengo los dientes negros y traspillados (1); las narices, afiladas y con tierra; quebrados y sumidos los ojos; estirada la frente; las orejas, amarillas y sordas; la lengua, gruesa, áspera y con sarro; levantado el pecho y que suena ronco; la garganta, estrecha; los pies, yertos; perdido el conocimiento, y saliendo de mí un hedor miserable. Ya de los que más me querían y amaban comienzo á ser aborrecido, y desean verme despenado. Pues si desta manera estoy dos ó tres días, ¡ay, qué será de mí? ¡Oh, qué lugar tendrán los demonios de afligirme! ¡Qué recias serán las batallas! ¡Cuánta será la rabia destes leones infernales, y más si conocen que hay falta de socorro! ¡Oh fin peligroso de la batalla, donde se gana ó se pierde todo!

JUEVES

Agonía.

La agonía de la muerte es el extremo de todas las cosas espantables y terribles desta vida. Mucho sintiera si me quitaran la hacienda, la honra, ó me desterraran á vivir peregrino entre extraños, ó si me cortaran algún miembro de mi cuerpo; mas ahora todo junto de tropel me ha sucedido, aunque con otro modo más penoso, que es sin esperanza de volverlo más á poseer en esta vida. Y como á un río grande que nace de lejos se juntan otros que le hacen crecer, así se han hecho sin vado mis dolores y casi han derribado el puente de la esperanza.

Ya tengo la candela en la mano; ya el hábito sobre la cama; ya tiemblan y se estremecen todos mis miembros, así como la

(1) *Traspillado*, en el original.

candela que se muere. Ya se apresura con desigualdad el aliento; los presentes comienzan á decir: «Jesús sea contigo.» Ya con un dolor inmenso se va descarnando y desarraigando mi ánima de cada miembro, y, toda alborotada, se retira y recoge (en acabándose el húmedo radical) al corazón, donde se hace fuerte, rehusando y temiendo la salida, y desde allí, con sobresalto mortal, tiende los ojos por la eternidad de los siglos, adonde quiere entrar. No ve por todos lados sino Infierno y Cielo, ángeles y demonios que la aguardan, esperando cada parte hacer en ella presa. Salir le es intolerable; quedarse, imposible. Todo el tiempo pasado se volvió en nada, y hállase á las puertas de lo infinito; al fin, con un dolor inefable, se arranca del corazón, y de repente se halla en aquellas anchísimas regiones sin camino.

VIERNES

El cuerpo muerto.

Miraré mi cuerpo, que ha quedado descolorido, horrible, feo, hediondo y muy cerca de la corrupción. Ya ni puedo oír, ni ver, ni hablar, ni gozar de ningún bien desta vida para siempre jamás. ¿Esta hediondez era á quien regalé? ¿Para éste solicité honras, deleites y hacienda? ¿Que he venido á convertirme en un muladar? ¿Este es á quien todos honraban y á quien jamás pude tener contento? ¡El que pretendía mandar á los otros, que ha venido á ser pisado de todos! ¿No soy aquel que se airaba con tanta ferocidad y el que con tantos ademanes y lozanía se gallardeaba, para quien se mullía la cama blanda, se sazaban los manjares regalados y se traían los vinos preciosos? ¿Esto era yo? ¡Oh muladar cubierto de nieve, escoria del más bajo elemento, cieno, hijo de cieno y nieto de nada! Nací llorando, desnudo en tierra desnuda, viví gimiendo y temiendo, y vuelvo á la tierra con otra nueva deshonra: en donde con horrenda corrupción, entre podre, bullen gusanos. Ésta es mi presunción y la desvergüenza de mi soberbia. Como á estiércol podrido tratan de echarme de casa y de esconderme en la tierra, porque no inficione á los que viven.

Ya mis domésticos, parientes y amigos me han desamparado, y no ven la hora de echarme de casa. Hanse tornado robadores. Ya revuelven las arcas y los secretos rincones de la casa. Descuelgan los paños, riñen sobre lo que han hallado, y espántanse cómo no hay más. Dicen que yo era gastador, y que también debo dejar algo escondido. La hacienda (por quien tanto trabajé cercando el mar y la tierra) queda en poder ajeno, y nada me agradecen. Los presentes me miran, quedan maravillados; salen allá fuera y buscan qué arrebatar. ¡Qué diferentes estamos! ¡Ellos, con mis bienes, ricos y alegres; yo, en tan miserable pobreza! La mayor honra que me aparejan es hacerme más honda la sepultura. No veo más de á estos que me mortajan y atan las manos y pies en balde.

SABADO

Entierro.

Éstas son las cofradías, y éstos los cantos funerales. ¿Cómo? ¿Que me sacan de mi casa, que á enterrar me llevan? ¿Que en hombros ajenos voy en una caja? ¿No paseé yo estas calles con mis pies? ¿Que en esta Iglesia he de quedar para siempre (1)? Unos lloran y otros cantan; muchos me acompañan por honrarme; mas ¿de qué me sirve esta pompa? ¿Qué se le da á mi cuerpo, aunque haya sido rey, y menos á mi alma? La vanidad, ¿en qué puede ayudar á los difuntos? Todo este aparato, en echándome en la sepultura y en apagando esas luces, se acabó. Los míos me dejan entregado á los gusanos que me aguardan; muéstranse tristes, y volveránse á comer á mi casa, en la cual ya no tengo esperanza de volver á entrar. Hoy, día del entierro, me alaban, y

(1) En el ejemplar que fué de Gallangos, encuadernado entre el *Elogio al retrato...* y el *Psalmo de Penitencia* (Biblioteca Nacional, R. 10.514), están tachadas con tinta las palabras *para siempre*, quizás por la mano más teológica que literaria á que me referí en otra nota, algunas páginas atrás. En efecto, ESPINOSA al escribir esto se había olvidado de la resurrección de la carne, á la cual se refirió despacio poco después.

¿qué aprovecha la fama á los huesos sepultados? ¿Dónde están los oídos y el corazón con que el hombre recoge los frutos de la alabanza, que llaman vanagloria? Echaránme un puño de tierra para cubrir mi deshonra; en quitándome de los ojos no habrá más memoria de mí. Así seré como si no hubiera sido. Aguárdanme los muertos que vivieron, como yo aguardaré á los que viven. ¿Quién fué que tal no fuese? ¿Quién será que tal no sea? En soledad y olvido me desharé. Pues, dado que haya tenido el oro de todo el mundo, ¿cómo estoy tan pobre? Si tuve toda la ligereza y hermosura, ¿cómo estoy tan aplomado y tan feo? Y los míos ¿me acompañarán en la sepultura? Si triunfé por mil años, ¿qué me ha quedado? ¿Qué me aprovechó saber mucho, si no viví según lo que entendía? ¡Oh vanidad mía, á qué punto te conozco!

SEPULTURA

Pues mientras me cantan el oficio de difuntos (antes que de-cienda á la tierra cubierta de la oscuridad de la muerte), quiero contemplar la casa adonde he de morar, los jardines en que me he de ver y las gentes con quien he de conversar. ¡Oh, qué aposento tan miserable! ¡Oh, qué casa tan estrecha y triste! El techo da en la frente. Huesa de siete pies de largo, que la abrieron en un momento. Desta raya no he de pasar. Hasta aquí llegarás, mar, y no pasarás de aquí. Toda la onda y hinchazón de mi vida en esta orilla se deshace. ¡Oh lecho miserable, donde los colchones son polilla, los cobertores gusanos, las cortinas y almohadas huesos y calaveras de otros muertos! ¡Oh compañeros tristes y mudos, despojados de carne y cercados de horror! Lo que sois he de ser y con vuestros huesos se mezclarán los míos desbaratados.

Luego miraré que me echan en la sepultura y con un azadón trastornan sobre mí huesos y tierra, y me tapián con un pisón; donde quedaré en perpetua soledad, comido de gusanos y convertido en polvo.